

Los que hay detrás.

En el proceso Rull hubo ayer dos de- claraciones importantísimas, emocionan- tes, sensacionales: la de Tressols y la de Mementó. Uno y otro estuvieron termi- nados, firmes, en acusar á Juan Rull y á su banda de autores de los hechos crimina- les que han aterrificado á Barcelona durante tanto tiempo. Uno de ellos llegó á sostener que la madre de Rull llevó en una cesta la bomba que estalló el 8 de Abril. Y cuando en el público se produjo cierto movimiento de hilaridad por de- terminados detalles de su declaración, Mementó exclamó: «No hay que reírse. Eso ha costado mucha sangre en Barce- lona.»

Però aun de más trascendencia que todo eso, siendo muy importante y muy grave, es lo que dijo Tressols, causando enorme emoción en el público, emoción que hoy se habrá transmitido á toda Es- paña. Tressols afirmó que iba á decir toda la verdad, aunque le costase el destino. Y extendiendo su brazo acusador más allá de los que se sientan en el banquillo, des- tinó una especie de tal gravedad, que no sabemos cómo fiscal, magistrados, abo- gados de la acción pública y privada y aun el mismo público no pidieron, con unánime clamoreo, que se consignasen sus palabras en el acta del juicio para cumplir las responsabilidades de esta cau- sa célebre.

«Ahí no están todos los culpables. Hay otros detrás.» Luego se le hicieron pro- puestas tímidas y prudentes para que el testimonio concretase su cargo. Luego se le interrogó por el letrado Sr. Trías si se refería á cierta persona de privilegiada y respetable posición social en Barcelona. Luego pareció desvanecerse el efecto de tan rotunda acusación al no acompañar nombres al ataque. Luego el fiscal se de- tuvo ante el misterio y el presidente se dió por satisfecho. No importa. Por en- cima de todo, en el ambiente de ese proce- so floatan, terribles y amenazadoras, las palabras de Tressols, que, por razón de sus funciones, debe saber mucho más de lo que ha dicho. Y si no lo sabe, no tiene derecho para sembrar tales dudas y re- celos.

Hay otros detrás de los procesados, otros más altos, otros cuyo nombre á la justicia y á la opinión les importa averi- guar. ¿Para cuándo quedan las informa- ciones suplementarias? ¿Para cuándo com- pletar el sumario en persecución de toda la verdad y sin perjuicio de condenar á Juan Rull y consortes? ¿Es que en una causa de esa índole puede detenerse la justicia ante nada ni ante nadie? ¿Es que hay miedo de llegar al fondo, al negro fondo del infame terrorismo?

Mucho más perjudicial al interés públi- co es el secreto que la publicidad, las tim- blezas que la luz, caiga el que caiga y averigüese lo que se averigüe. Si esa sospe- cha queda en pie sin que la justicia tome nota de ella y obre en consecuencia, toda Barcelona puede resultar en entredicho y no salvarse nada del recelo, de la traición de las gentes. Y por el honor de la ciudad es preciso que todo, absolutamen- te todo, se aclare.

De otra suerte, se producirá una serie de daños, que vamos á exponer sumaria- mente á la consideración y al buen sentido del público. En primer término favore- ce á Rull y á su banda, en vez de perjuri- cándose con esa coetilla la gravedad de tales cargos. Si no están todos los cul- pables en el banquillo; si detrás de ellos, en las sombras, en la impunidad, están otras personas más altas y considerables, ¿con qué derecho y razón se va á aplicar el más intenso rigor del Código á Juan Rull y sus compadres? ¿Deben aparecer esas personas, ó imponerse perpetuo silen- cio al que las acusa. ¿Deben ir á la Audiencia los seres, más ó menos fantás- ticos, que tejieron este embrollo judicial, ó no se puede aplicar la pena de muerte á los simples instrumentos, viles y misera- bles, pero instrumentos del pensamiento y voluntad criminal.

Nosotros no nos explicamos que el dig- no fiscal de Barcelona, el que actúa en esta causa, permaneciese inerte ante las declaraciones de Tressols. Su obligación, para eso es acusador público, lo incitaba con incitaciones irrenunciables á pedir en aquel punto y hora una información su- plementaria. Infelizmente, no lo ha he- cho, y es incomprensible su deficiencia; pero aun puede encontrarse remedio á su falta en los jueces de derecho y en los jueces de hecho. Por todo se puede pasar menos porque la justicia resulta vencida ó impotente en ese terrible duelo con el misterioso terrorismo. Ahora que el Ju- rado da bravas muestras de su civismo, no se debe quedar á la mitad del camino, armatado de las responsabilidades que surgen en ese proceso.

Ó Tressols es un calumniador, un noveli- sta, un obsesionado por razón del oficio, que ve visiones y cree en duendes y bru- jas, ó Tressols sabe muchísimo más de lo que dice y viene obligado á declararlo todo, á no ocultar nada. Existe á su favor el indicio de que nunca se ha equivocado; el indicio de que él ha visto oído desde el primer momento; el indicio de que ha compuesto una Memoria notable, en la que se estampaban ya las que ahora paren sorpresas y revelaciones; el indicio de que, mientras tres gobernadores se con- tanzaban á esa granjería confidente, él la acusaba de explotar indignamente la buena fe de las autoridades.

Porque en esta causa hay algo muy doloroso, algo que acusa un desequilibrio social imperdonable, algo que re- sulta una falta cometida con la mejor intención del mundo, pero de tristísimas consecuencias, y es el hecho de que duran- te años haya sido posible la explotación de la industria horrible del terrorismo. Y en esa falta aparecen complicados perso- najes de la Defensa social de Barcelona y hasta autoridades de Barcelona, todos muy dignos é intachables, pero todos tam-

bién muy equivocados. Sin su ceguería no hubieran estallado tantas bombas.

Si á eso hubiera de agregarse el que quedara sin esclarecimiento ninguno la acusación de Tressols, habría que desespere- rar de la eficacia de la justicia en Barce- lona. Por dignidad nacional, por el supre- mo interés público, es necesario que los que hay detrás surjan delante y en pri- mera línea, ó que se desvanezca semejante especie de inmensa gravedad.

PÉLE-MÉLE

Ta Correspondencia Continental, de Berlín, dedica el siguiente responso al alma literaria de Fastenrath:

«Ha muerto en Colonia el alemán-español D. Juan Fastenrath, cuya memoria no queda perdurable en los anales literarios; pero que con su deporte de acercar los escritores españoles al conocimiento de los alemanes consiguió desmesurada fama. Era el hombre de los calificativos hispanos corrientes entre los periodistas. Prodigaba el elogio, el distinguido, el inmortal, etc., como agua mojada de la Península; se orea que, gracias á Fastenrath, son tan conocidos como el Kaiser. ¡Están frescos!»

Lleva razón la revista berlinesa. Pero bien puede añadir que el buen Fastenrath no co- rra por adjetivo. En París hay quienes hacen otro tanto que Fastenrath en punto á esas aproximaciones de escritores españoles al conocimiento de los franceses; pero no dan puntada sin hilo, resultando maestros en el arte de saquear va- riadas literarias.

Como antaño, el asunto Zola ha vuelto ta- rumba á muchos. El anciano conde de Mun, de la Académia, en un arranque lírico exclamaba: «Ma Dulciné! Mon armée! El cajista imprimió sus armas. Y el conde resultó amando, como un ca- dete, en las postmortas de la vida.

Pero los amoríos sonites que dan más com- pañía son los de Rochefort. Alcanzando el ingenio, Rochefort ha descubierto que, no sólo se pagaron 50.000 fran- cos á Zola por firmar el «Yo acusó», sino que á él, á Rochefort, le ofrecieron 200.000 fran- cos por que firmase dicho documento. Antes descubrió que el ofrecieron otra cantidad suma por defender á Dreyfus, y en así todos los acontecimientos políticos de Francia se busca á Rochefort, según él, para ofrecerle un puñado de billetes.

Esta declaración parece, á primera vista, un síntoma de vanidad sutil; pero, bien al contrario, expresa una gran modestia. Rochefort se coloca involuntariamente en el rango de ciertas desgraciadas á quienes todo el mundo tiene derecho á ofreceras un duro.

El Echo de París, reseñando la salida de una Asamblea antizoolista:

«Do repente se oren gritos, gritos violentos, calurosos. ¡Aparece Maurice Barrés! Miles de personas le forman escolta. Brusos y mi- nos se extienden hacia él. Queriendo eludir las manifestaciones de entusiasmo, Maurice Barrés se metió en un estómago democrático; pero la multitud siguió el vehemiento y hubo que traer la guardia para que escoltase el coche, como si fuese la carroza presidencial.»

... El general Zurlinden ha referido que la Academia rechazó el legado de 100.000 fran- cos que le hizo una francesa, la Sr. Laclaire, fallecida en Nueva York, porque el legado contiene la cláusula de que los 100.000 fran- cos se destinen á elevar el nivel moral de Francia, actualmente tan bajo.

Y eso que la legataria no pudo presenciar la apoteosis del presidente Barrés... **Luis BONAFONT.**

APOLO

BENEFICIO DE PILAR PEREZ

La gentilísima y aplaudida artista celebró anoche su *serata d'onore*. En todas las obras, aun en la estrenada sin fortuna, el público manifestó sus grandes simpatías por la Srta. Pilar Pérez, aplaudien- do con entusiasmo y con brío. Con el programa consistió recibió muchos obsequios, y ne- cesario fué distribuir por los pasillos del es- cenario las numerosas corbeltas de flores que no cabían en el camarín.

Entre muchos valiosos regalos vimos que, para manifestar la admiración á las actrices, se inicia una moda verdaderamente práctica, y que beneficiadas como beneficiados aco- gerán con entusiasmo indiscutible. Sobre una linda mesita, en elegantes platos y bandejas artísticas, aparecían muchos sa- ces de galletas, billetes del Banco de España, y desmenuzados polvorinos por acá, y canones por allá; parecía el escaparate de una gran casa de cambio. Cuanto oír... Dios se lo aumente á la bella tipa, y sea enhora- buena.

Con el título de *La dama roja*, las señoras Pont y Sotillo presentaron anoche en Apolo una zarzuela. Es su primera producción, y no hemos de ser severos al juzgarla. Llevan al teatro los Sres. Sotillo y Pont, aunque algo antiañudo, un propósito noble y limpio.

Alguna languidez en el desarrollo despertó la impaciencia del público, y luego supimos que á las primeras escenas los jóvenes au- tores habían abandonado el teatro. Habían mal. Esa es el aprendizaje, y muy provechosa la lección del público cuando es- ta de los desastrosos y el declinamiento de las obras. La maña jornada no ha de entibiar el entusiasmo de los Sres. Pont y Sotillo, y tegan en cuenta que alguna parte de responsa- bilidad en el contratiempo pudiera corres- ponder á los artistas encargados de la ejecu- ción, aunque sirva de disculpa á sus errores la falta de costumbre por el género serio y del énfasis que exige una mediana encarna- ción del gran D. Juan de Austria y de los va- leriosos capitanes que le acompañaron á los Países Bajos.

Con el título cayó una partitura del ilustre maestro Chapi. A otro, pues, Sres. Sotillo y Pont. **S.-A.**



LOS QUILLAS

«Querido amigo Carmona: No seamos tu persona por hoy, si eres capitán. ¡Si mal está Barcelona, también Madrid está mal! Creyó el alcalde preciso removernos todo el piso de las céntricas barriadas, y está Madrid (¿el lo quis!) enjulado de barriadas.

Desiste de tu excursión, pues, aquí no sólo dentro del Congreso hay obstrucción; la hay en las calles del centro de esta feliz población. ¡Y qué obstrucción! Virgen Santa! Piedras y tierra en montones! No dudes, aunque esto españa, de que Madrid se levanta, como hizo en mil ocasiones.

Merced á un mandato cruel, Madrid es hoy un poblado que pisa desquiciado está mudando la piel, mejor dicho, el empedrado. Y como al aire se ven los ríeles de los tranvías, la población estos días es una dama con en- fermaduras en las vías.

Andar por estos lugares es como andar entre riscos. ¿No sabes cuántos peares da el vivir entre levantiscolos? A lo mejor ves la acera cruzada por un volquete de adobe, y ¡merced! los descares de mástera que á cualquiera compromete, pues aunque á su lado estás, al montón de dos en dos los tira, ó de tres en tres, y no te aplasta los pies por un milagro de Dios.

Hay de ellos tal cantidad, que andar por esta ciudad al más valiente le arredra, y morir de mal de piedra es muy duro, la verdad. No, no te meaves de ahí, pues si está la corte así, y una piedra ha de matarte, qué diablos podes importar que no haya bombas aquí?

Y no basta ligereza, pues junto á un hoyo profundo tu pie en un montón tropieza... ¡Y pilló, te caes de cabeza y te vas al otro mundo.

Debes tu viejo aplazar. ¿Que qué año se ha de acabar las obras? Yo no lo sé. Cuando haya donde pisar, entonces te avisaré.»

Juan PÉREZ ZUÑIGA.

LAS NOVELAS DE LA VIDA

Un burlador electrocutado.

En Auburn ha sido electrocutado Chester Gillette, mozo rumboso y galanteador, sobre- no de un riquísimo fabricante que tenía ocu- padas en su fábrica á muy gentiles y hermo- sas mujeres. La posición de Gillette le permitía cortejar con fáciles triunfos á las muchachas obreras, y prevaleció de su poder no solía contenerse ante las resistencias femeninas, como no fueran tenaces é irreducibles.

Hace poco tiempo asedió á una bellísima joven, señorita Grace Brown, jornalera de la fábrica del tío. Después de insistentes negati- vos de la cortejada á contraer unas relacio- nes amorosas en que Gillette no se allanaría acaso á salvar con el matrimonio las dife- rencias de fortuna y de categoría social que lo separaban de Grace Brown, ésta, rendida ante la generosa promesa de que su preten- dido sería su marido, accedió á llamarse su novia, aunque en ella se enseñara la maledi- cion de las gentes.

Gillette no tardó mucho en lograr el des- felicecimiento de la pudorosa virtud de Grace, á quien reiteró siempre la palabra empeña- da de unirse con ella de por vida. Pasados los primeros desfogos, Chester Gillette olvidó sus compromisos; pero Grace le dirigió cartas amorosas, primero; de repro- che por su conducta, después; de súplica para que repusese la deshonra causada, últimamen- te. El silencio del fiscal le obligó á visitarle en ocasión en que había con otra joven de su rango, rica y de gran belleza. Gillette or- dió como pudo la escena que se iba á desarro- llar, é interrumpiendo su coloquio con la úl- tima de sus conquistas reconoció la razón de Grace Brown y la invitó á pasar unos días á su lado en la Sierra de Adirondack.

Allí volvieron á ser íntimas las relaciones amorosas de Grace y de Chester. Pero Gillette, después de haber pescado en bote con su amada por un lago, desapareció, y las autori- dades hubieron de hallar el cadáver de ésta, tumbado y flotando sobre las aguas, á alguna distancia de la embarcación, que había zoca- brado.

Detenido Gillette, dijo que Grace se había arrojado al fondo, y que él no pudo salvarla. Las investigaciones judiciales aclararon los hechos, porque el juez y los jurados que con- denaron á muerte á Gillette encontraron entre sus papeles las cartas de Grace, tan intere- santes, tan conmovedoras, que hicieron derramar lágrimas á los representantes de la justicia.

El burlador de Grace negó siempre que hubiese cometido el delito que se le imputaba. Mas al ser llevado al lugar de la electrocución confeso de plano, diciendo que había matado á golpes con una raqueta á la engeñada Grace.

EL TÈ DE GOBERNACION

Se celebró anoche, como estaba anunciado. La fiesta se pareció al estable de Admuni- stración local en una cosa: en que siendo del ministerio de la Gobernación, hizo los hono- res el presidente del Consejo, que da los tés y defiende los proyectos que corresponden al ministerio.

En tanto que se celebraba el té, que estuvo muy concurrido y en el que se agasajó espi- riendamente á senadores y diputados de la mayoría, éstos discurrían por las remozadas es- tancias alabando las obras de albañilería y decoro que se han hecho por iniciativa de los actuales gobernantes. A falta de buenas obras políticas hay que contentarse con los materiales de transforma- ción y adorno. Algo es algo. También hay que anotar, respecto de la noche pasada, que

durante ella funcionó la censura para evitar que se transmitiese á provincias el suceso de ayer, del que dió cuenta únicamente el HE- RALDO en su última edición.

El suceso conato no tenía por qué alar- mar, pero impidiendo su referencia acaso pudo hacer sospechar en provincias que tenia verdadero alcance. En que la censura sin discreción es la mayor y más temible de las indiscreciones.

A las doce de la noche terminó el té de Go- bernación. Los senadores y diputados aditos estrecharon la mano de su jefe, y el Sr. La Cierva estuvo toda la noche al paso.

La caricatura en el Extranjero.



El anarquista español. — Si esto continúa, bien pronto podré comprar papel del Estado... ¡No doy abasto á cumplir los encargos que me hace la policía! **Le Rire, París.**

ARTE Y ARTISTAS

Exposición de Bellas Artes.—El Jurado. La amable tertulia del Círculo de Bellas Artes está llamada una vez más á señalar el derrotero artístico de la Pintura y la Escul- tura en España y á resolver respecto del nú- mero y porvenir de muchos artistas espa- ñoles.

Alta es la misión confiada al Tribunal, y yo folleito á cuantos lo componen, como fé- licito siempre á todo el que se encuentra al frente de un puesto de honor no exento de riesgos y graves responsabilidades. Si la augusta investidura suele resultar gratísima cuando á ella se llega por un gran movimiento de opinión.

Cierto que de la masa electoral, manejada- ra del cotarro, y digo cotarro no encontrando frase de más adecuada elegancia, no es cosa de decir que pueda llevarnos en pos de un ideal tan espiritualista como el reflejado en un soberbio grupo escultórico que acrecentó el nombre de Bary.

Pero ya que no es espiritualista, el propósito electoral, cuando menos, guasoncillo sí que lo es. Un último puesto de los jurados suplentes se ha reservado al juicio sereno, vital y edu- cado de Muñoz Degraín, para la Sección de Pintura.

En último lugar de los suplentes aparece también un tal Mariano Benlliure, que habrá de consolarse de tan modesta categoría ha- ciendo monumentos y trabajos importan- tes sin cesar y edificando en varios puntos de Madrid y su provincia para vivir en casa propia y llorar sin que se enteren los veje- ros por verse en el último peldaño de esta calificación sufragista.

En resumen: ya verán ustedes qué risa, prin- cipalmente para el presidente de la Sección de Pintura, que suponemos será el Sr. Ben- diño por las dos medallas de oro nacionales que posee, y le conceden la superior catego- ría de la Sección, pues ó sirven ó no sirven para algo las medallas, aunque con el camino emprendido tal vez pronto se llegue á que para nada sirvan.

Pero esto es asunto del porvenir, como tam- bién el de una Asamblea de artistas españoles que va siendo ya, á mi juicio, muy necesaria, y de ello hablaremos cuando pase la fiaba de la Exposición; pero desde luego antes que se anuncie la convocatoria para otra.

Exposición Hispanofrancesa de Zaragoza. Los comisionados de la Sección de Arte contemporáneo, atendiendo al insistente ruego de muchos artistas, ha dispuesto prorrogar el plazo de admisión de obras hasta el día 15 del mes corriente.

También ha suprimido los derechos de ins- cripción, proponiéndose modificar en forma ventajosa para los artistas la concesión de re- compensas. Quedan de ello advertidos los pintores y es- cultores, como también de que será muy intere- sante el certamen organizado por los sim- páticos y queridos aragoneses. **S.-A.**

CÓMO SE DESHACE ESPAÑA

Itálica volada con dinamita.

Benditos mil veces los americanos, los in- gleses y los alemanes, que van llevándose nuestras riquezas artísticas y arrapando en ellas pedazos de nuestra patria. Allí al menos, en sus museos, aunque pierdan su carácter y testimonio de que hubo un pueblo que se llamó España.

Vengan, vengán de prisa y acaben pronto el saqueo y salvan á escape lo que aun quede en pie y carguen, no sólo con los cuadros, y los bronces, y los ódicos, y las coronas, sino también con las casas enteras, y las murallas, y los palacios. A poco que se retrasen no ha- brá ya piedra sobre piedra.

Sepa el mundo civilizado que Itálica, la ciudad romana enterrada bajo el fango del río, la que podrá ser nueva Pompeya, está siendo demolida con la piqueta y volada con la dinamita por los contratistas del Estado, para sacar piedras con que cebar una carre- tera.

Los sillares de su anfiteatro, la argamasa de sus murallas, las piedras de sus termas, los mosaicos de sus casas, los barros, las mo- nedas, las estatuas, de que está sembrado el suelo, han sido y siguen siendo objeto de co- mercio, recurso casi único de vida para los habitantes de Santiponce. Una gran parte de aquel género puede alimentar muchos años con sus despojos nuestras miserias.

Allí ha habido, allí hay un enjambre de pa- rásitos que va poco á poco escavando, carco- tando, sacando y destruyendo. Pero, al fin y al cabo, los ingleses iban pasando y salva- ban unos de los objetos de más valor. Un vecino me ha mostrado dos preciosos mosaicos que acaba de descubrir en su casa, á una profundidad de metro y medio. Yo no deseo sino un americano que se los lleve pronto, antes que el continuo raspado de los

muchachos, el tapar y desatpar echando tierra y piedras encima (porque un trozo está en la vía pública) acabe de deshacer lo que tantos siglos han conservado milagrosamente.

Pero ahora no se trata de eso; ahora es algo que horripila y llena de pena y de indigna- ción.

Junio al anflester, entre éste y Santipon- ce y las termas, hay una colina plantada de olivos, donde está enterrada la vieja ciudad romana. La tierra cubría piadosamente sus restos, y el artista, al vagar por aquellos sem- brados, sentía cierta tranquilidad y alivio; lo que sentirían los naturales cuando, al percir el estruendo de la invasión bárbara, lo- daban y apisonaban sus sepulturas y enterra- ban sus tesoros para librarlos de la profana- ción y la ruina.

Allí había una ciudad sepultada, y así esta- ba segura, y así debía esperar un día en que España volviera á nacer y se acordara de que antes vivió. Sólo espíritu cultos, manos amo- rosas, habrán debido abrir el sagrario á ge- neraciones preparadas para recibir sus vivifi- cantes misticos secretos.

Verdad es que aquello era ya objeto de co- cidia. Aquí y allá se veían de vez en cuando excavaciones, y los molos cruzaban las sen- das, llevando en sus serenos barros y mármo- los, y argamasa, arrancados de los viejos pa- lacios, para construir las nuevas miserables, chozas de Santiponce. Pero aun había espe- ranza, porque la obra era lenta y la fábrica que había que demoler á prueba de piqueta. ¡Quién sabe si aun podía volver otro Sr. Hut- ington, aquel que nuestro «patriotismo» arro- jó, por ser francó, cuando había emprendido seriamente las excavaciones!

Maes ha aquí que allí cerca se construya una carretera; se saca á subasta el suministro de piedra, y un contratista adquiere la que es- coinde en sus entrañas el cerro de «Los pala- cios» (hasta el nombre tradicional)... es decir, la ciudad de Itálica.

Los agentes del Estado han olvido que bajo aquella tierra dormía siglos y siglos un trozo de nuestra España, de nuestra España veronil, gloriosa, refinada, y allí los tenéis despeda- cando á toda prisa esas entrañas. Van sacando muros y dejando en su lugar la anchura, profunda, zanja donde se reposaron; encuan- tra al paso mosaicos, monedas, capiteles, fustes, cornisas, trozos de esculturas, mármoles la- brados... Cuanto es de piedra ó de mármol se hace pedazos y se carga en los molos; las mo- nedas, los trozos de mosaico, cuando no que- dan envueltos en la tierra, esperan á que pase quien quiera comprarlos.

A veces la construcción es toda de már- mol ó la argamasa es demasiado dura, y en- tonces se recurre á la dinamita. Ya había pre- cedentes. Así fué volado, hace años, un trozo del anfiteatro que muestra ahora, ante propios y extraños ojos, las profundas grietas, los enormes desmoronamientos que causó aque- lla brutal orgía.

Aquí hemos encontrado—me decia mi acompañante—el cierre de una bóveda. Dó usted con la azada, verá como retumba abajo. Pero no podemos con ella. «Esta tendrá que volar con pólvora.

En vano he intentado hacer de su codicia piedad, diciéndole que en aquella habitación podría haber algo de valor. Ma ha dicho que él ha comprado la piedra, y aquellas dovelas de la bóveda la tienen excelente.

Ya obero es me acerca y me invita á reti- rarme. Allí está el interés de hacer saltar un bu- rreño... Unos instantes, un estampido y los fragmentos de un palacio romano caen pesa- damente sobre los olivos.

Yo no clamé á los Poderes públicos, que se han declarado extraños á nuestros intereses artísticos cuando la vergonzosa sustracción de los Griegos, ni me importa si hay ó no precep- to legal en que apoyar este atentado, porque sé que en los pueblos cultos no se hacen las cosas como mandan las leyes, sino las leyes como requieren las cosas; yo auido á la Es- paña civilizada; yo acudo á Europa, y formulo ante ella la denuncia.

Cuando se trata de saqueos de nuestros tes-oros artísticos, como nosotros las naciones víc- timas, y al menos basta que las naciones se miren con más cariño y se comprendan, no- desde nos protegér desde fuera; pero cuando se llega á volar con dinamita lo que es patri- monio general de la Humanidad, acaso ha llegado el momento de intentar algo...

Unos pueblos no pueden evitar que otros se suiciden; pero si que al hacerlo arruinen y quemen y pulvericen la vieja, la recia casa solariega, que es tesoro de todos. **J. CASTILLEJO Y DUARTE.** Sevilla, Abril 3. 1908.

EL PARTIDO REPUBLICANO

FOR TELEGAFO DE NUESTRO CORRESPONSAL. La ciudad de Montes Sierra.

Sevilla 3 (11) En el Centro republicano, y reunidas las Juntas provincial y municipal, el Sr. Montes Sierra ha explicado su actitud dentro de la minoría republicana.

Los acuerdos adoptados fueron sostener la unión, evitando disidencias; deplorar el acedo- rdo de la minoría relativo á la expulsión de los diputados obstructionistas; ratificar la opi- nión de los republicanos de Sevilla, contra- ría al proyecto de Administración, el deseo de que se combatiera por medios energícos; aplaudir el manifiesto de los obstructionistas, y aprobar la conducta del Sr. Montes Sierra. Este sale mañana para Madrid.—El corres- ponsal.

ECOS DE LONDRES

POR CABLE DE NUESTRO CORRESPONSAL

Un lord celosista.—Invencción mar- ravillosa de la guerra imposible. Londres 2 (5,40 L)

El conde de Wemyss ha confirmado que en breve presentará en la Cámara de los Lorec, como miembro de un partido, un bill pidiendo que toda propiedad privada sea convertida en propiedad colectiva. Con este motivo, el Consejo ejecutivo de la Federación democrá- tica-socialista de Inglaterra ha enviado á lord Wemyss una felicitación entusiasta, que re- producen los periódicos.

Es objeto de desasosonados comentarios en los Círculos militares de Londres el artículo que en su número de ayer ha publicado la gran revista mensual *Contemporary Review*, firma- do por el ilustre conde de Ingenieros sir Giles Simonds y adquirido por el War Office. Se trata de un artefacto de guerra, con el cual será posible destruir rápidamente ciuda- dades enteras á distancias enormes.

Segura el coronel que con tal arma sería posible el bombardeo de París desde Londres y que sus efectos son tales, que en cuanto se adopte en los ejercicios la guerra se hará im- posible, pues equivaldría al aniquilamiento completo, de los beligerantes.—*Leimicy.*

VISIONES DE VIAJE

Tánger.

Al salir del zoco de Barra—que así se llama el zoco grande—le digo al guía que me ense- ne una escuela. Desde la calle la veo. ¿Es escuela ó corral? No hay en ella ni mesas, ni carpetas, ni tintoros, ni plumas; en fin, nada de lo que singulariza una escuela.

El maestro y los alumnos, sentados en rueda en el suelo, vocalizan, con una cartilla en la mano, balanceándose. El domine tiene una cana en la diestra, con la cual, cuando no se- ñala, pega.

La enseñanza en Marruecos—exclusivamen- te teológica—principia en la escuela ó *yémma* bajo la dirección del *atab*, que enseña al alumno el alfabeto árabe, oral y gramática- mente. Adquiridas las primeras nociones de fonética, aprende á rezar.

En esto consiste lo que nosotros llamamos *primera enseñanza*. Luego viene la ortografía, que se aprende conforme á un folleto concodi- co en Oriente por el *yerramia*. Estudiado y comento de memoria el *yerramia*, el escolar se dedica al *Efija*, de Bóni Mélek, gramá- tica en verso. Estudia luego El-Burda, poema límbre equivalente al *Régium* cristiano, fa- moso por su dición poética y su enajenación solenne.

Los estudios concocimientos, amén de los 114 capítulos del Korán, en que culmina el ciclo de los gradúan de *atab*, iniciándose en las más altas bellezas del Islamismo, al que se consagra con inquebrantable fe. Toda la ciencia, toda la filosofía, se reduce para él al Código de Mahoma, cuyos preceptos no se atreve á concul- car, porque valdría tanto, en su sentir, como renegar de la tradición musulmana.

«La vida humana—dice un legista árabe— es un grano de arena en comparación del arenal inmenso de la ciencia alcoránica.» La profesión más lucrativa del Imperio es la de *alfaquí*, sacerdote rural. El es quien más influye en los campesinos; él, quien les sirve de consejero y amonense; él, quien les cura con rídiculos sortilegios; él, quien les enseña á rezar á los chicos; él, quien les circuncida; él, quien en tiempo de peligro les lee las suras del Korán en que se predica la guerra y el amor a la patria; él, quien los manda á los escuadrones moros con un interminable rosario en el cuello y el Korán bajo el brazo, encendiéndose en odio el corazón...

Cada choza (*yaima*) le da un plato de coma- da, y entre todos le compran durante las Pas- cas el certero, el turbante, las babuchas, la ropa. Le dan para casarse la más hermosa doncella del aduar.

¿Por qué sorprenderse—dada esta educa- ción puramente clerical—de que no haya en Marruecos ni industria, ni agricultura, ni im- prentas, ni librerías, ni periódicos? ¿De que el pequeño doctor el controlero y de que el Sultán—Sumo Pontífice—disponga á su talen- to de la vida y hacienda de sus súbditos em- brutecidos? ¿Qué queda de la antigua, brillan- te, civilización árabe? Superstición y miseria.

He visto la cárcel. Es una verdadera zahu- da, sin una mala claraboya. El espacio está con los nudillos en un postigo, que el preso abre por dentro, asomando la *yaica* como una torca.

Visité el palacio del caid ó gobernador. El caid, echado en el suelo, está administrando justicia. Escribe de derecha á izquierda en un plieguecito tamaño de un papel de fumar, que sostiene en la palma de la mano. Es rubio y usa espejuelos; junto á él, echado tam- bién en el suelo, está su secretario.

«Los hombres no pueden entrar—me av- ertieron autoridades alicadas. El año cinco pesetas, y se hace el suceso. Mientras echo una ojada rápida al des- halo—inferior, desde el punto de vista decorati- vo, á cualquier prostíb. Lo parisienne—, Za- lamitas, inquieto y miedoso, ronda la calle. El harén es un patio azul, con azulejos, cua- tro pilares y puercecitas verdes. Alrededor hay tres cuartos con tapices y divanes; en una consola, una jarra con violetas.

Al frente del serrallo figura una negra (que entra y sale continuamente), garrada, dócil, de pulposa nalga, sono lánguido, dientes blan- quísimos, ampulosa frase y ojos negros y ríjos de mula. Echada en un diván, se despeza una blanca pádida con la cara ojivada, entre las volutas de humo de un cigarrillo egipcio. No adelante aroma penetrante, afrodisiaco, ca- racterístico, según algunos viajeros, de estos gineceos orientales.

Son las cinco de